



En septiembre, la Iglesia celebra a Nuestra Señora de los Siete Dolores, que tanto sufrió durante la pasión de su Hijo. Por eso, en este noveno primer sábado del mes del Jubileo, meditaremos uno de los misterios dolorosos: la coronación de espinas. ¿Cuál es el significado de este terrible pasaje de la pasión? La cabeza es, en primer lugar, la sede de los pensamientos, y Jesús va a reparar aquí todos nuestros pecados *en el pensamiento*. Estos tienen múltiples formas. El primero, verdadera raíz de todo mal, es el orgullo. Es el origen de la rebelión de Lucifer, es el origen del pecado original. Hoy en día, el orgullo ha penetrado en toda la sociedad moderna y todos somos más o menos responsables de ello. Jesús, con su dolorosa corona, vino a reparar esta gran ofensa a Dios.

Los pecados de pensamiento son también esos pecados invisibles de los que habló Cristo en el Evangelio. Tomando el ejemplo del adulterio, mostró que se pueden cometer muchos pecados con el simple deseo del pensamiento, sin pasar a la acción. Y esto es igualmente grave a los ojos de Dios. En efecto, todo pecado es ante todo una decisión libre y voluntaria de nuestra mente. Y Jesús nos explicó que es esta decisión aceptada en nuestra mente lo que caracteriza la ofensa a Dios. El silencio, la ausencia de actos visibles, etc., no quitan nada a la realidad de este rechazo de Dios operado por nuestro pensamiento.

Por eso, toda vida espiritual requiere trabajar para fortalecer nuestro espíritu. Es el fruto de este misterio. Para ello, el primer medio que todos los santos han utilizado es la humildad y la consideración de nuestra propia debilidad. *«Toda la perfección de la vida presente consiste en reconocer nuestras imperfecciones»*, dirá San Jerónimo. *«Nuestra fuerza está en el conocimiento de nuestra debilidad y en la humilde confesión de nuestra miseria»*, dirá San Agustín. En efecto, al poner nuestra mente en estas condiciones, desconfiamos con razón de nosotros mismos y comprendemos la necesidad de la oración y de los sacramentos para sostenernos frente a nuestra debilidad humana. San Felipe Neri rezaba todos los días a Dios para que lo vigilara: *«Señor, vigílamme hoy, porque, entregado a mí mismo, estoy seguro de que te ofenderé»*. Y san Alfonso de Liguorio concluía: *«Para perseverar en el bien, no debemos confiar en las resoluciones que hemos tomado ni en las promesas que hemos hecho a Dios. En cuanto contamos con nuestras propias fuerzas, estamos perdidos. Es en los méritos de Jesucristo donde debemos poner toda nuestra esperanza para mantenernos en estado de gracia»*. Por eso, contemplemos hoy a Jesús coronado de espinas y pidámosle humildemente que nos ayude en este necesario dominio de nuestra mente.

La segunda forma es preparar nuestra mente antes incluso de que llegue la tentación, mediante la oración y la penitencia. San Alfonso María de Liguorio nos explica los beneficios de este trabajo: *«Para vencer en las luchas espirituales, es muy útil prevenirlos en nuestras meditaciones, disponiéndonos de antemano a resistir con todas nuestras fuerzas los ataques que puedan sorprendernos.»* En efecto, entrenarse para rechazar una tentación antes es mucho más fácil que cuando su seducción está ahí y permite fortalecer progresivamente nuestra voluntad. Por eso Jesús nos pide en el *Padrenuestro* que recemos para resistir las tentaciones futuras. Y en el *Ave María* anticipamos la tentación final pidiendo cada día la ayuda de la Santísima Virgen en nuestra muerte, ayuda que Ella hará aún más poderosa con los cinco primeros sábados del mes.

Después de la reparación de los pecados de la mente, la coronación de espinas tiene un segundo significado muy poderoso. En efecto, sin saberlo, los verdugos van a dar aquí un testimonio de la realeza de Jesús. Esto es lo que hará también Pilato más tarde en el letrero de la cruz: *«Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos»*. Finalmente, es el mismo Jesús quien lo afirmará durante su interrogatorio: *«Tú lo dices, yo soy Rey. (Jn 18, 37)»*. Y antes de su Ascensión, Jesús proclamará esta realeza en el sentido real de la palabra: *«Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las naciones. (Mt 28, 18)»*.

Un famoso cardenal del siglo XIX, el cardenal Pie, hizo esta acertada observación sobre las palabras de Jesús: «*Fíjense, hermanos míos, que Jesucristo no dice todos los hombres, todos los individuos, todas las familias, sino **todas las naciones***». ». El hecho de que Jesucristo no sea solo el Rey de nuestros corazones, de nuestras familias, sino también **el Rey de todas las naciones**, es decir, de todas las sociedades, es una realidad enseñada por los papas. Y es uno de los puntos más controvertidos de la época moderna, porque es esencial. El papa León XIII lo explicará de manera muy clara: «*El que es Creador y también Redentor de la naturaleza humana, el Hijo de Dios, es Rey y Señor del universo y tiene soberana potestad sobre los hombres, tanto individualmente **como reunidos en sociedad**. La ley de Cristo debe tener, por tanto, tal valor que sirva para dirigir y gobernar no solo la vida privada, **sino también la vida pública***». Encíclica *De Christo Redemptore*, 1900.

Siguiendo sus pasos, el papa Pío XI publicó el 11 de diciembre de 1925 la encíclica *Quas Primas*, en la que se instituyó la fiesta de Cristo Rey. Este año celebramos el centenario de esta encíclica fundamental: «*Es evidente que el nombre y el poder de Rey deben atribuirse, **en el sentido propio de la palabra, a Cristo en su humanidad; porque solo de Cristo como hombre se puede decir: Ha recibido del Padre el poder, el honor y la realeza; como Verbo de Dios, consubstancial con el Padre, no puede no tener todo en común con el Padre y, por consiguiente, la soberanía suprema y absoluta sobre las criaturas***». El papa Pío XI recuerda a continuación las palabras del ángel Gabriel que atestiguan esta realeza: «*Recordemos solo el mensaje del arcángel que anuncia a la Virgen que dará a luz un Hijo, que a este Hijo el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, que **reinará eternamente sobre la casa de Jacob y que su reino no tendrá fin***».

Finalmente, el papa Pío XI concluye: «*Su Reinado [el de Cristo, nota del editor] exige que **todo el Estado se regule según los mandamientos de Dios y los principios cristianos, tanto en la legislación como en la forma de impartir justicia y en la formación de la juventud en una doctrina sana y una buena disciplina moral***». Y eso es precisamente lo que Satanás se empeña en destruir. En efecto, una sociedad cristiana cuyo gobierno y cuyas leyes se ajustan a las leyes divinas proporciona un marco terrenal poderoso para ayudar a las almas a ir al cielo. Por el contrario, una sociedad atea y laica, separada de Dios, permite con sus leyes pervertir a los hombres, separarlos de Dios y conducirlos al infierno. Pío XI llama a este laicismo «*la peste de nuestra época*» y el cardenal Pío dirá: «*El error dominante, el crimen capital de este siglo, es la pretensión de sustraer a la sociedad pública al gobierno y a la ley de Dios*». Se trata de la famosa «separación de la Iglesia y del Estado», un sofisma que en realidad significa **eliminar a Dios de la sociedad**. ¿No es esta la definición misma del infierno? Un lugar separado de Dios.

De ello se derivan múltiples males y el hombre es progresivamente aplastado por esta sociedad atea. El papa Benedicto XV dirá durante la primera Guerra Mundial: «*Es el ateísmo legal erigido en sistema de civilización lo que ha precipitado al mundo en un diluvio de sangre*». Sí, las guerras, los genocidios, las persecuciones, la violencia, las luchas sociales, los totalitarismos, no son ni más ni menos que la consecuencia directa de haber sustraído a nuestras sociedades al poder y a la ley de Cristo Rey.

Entonces, ¿qué hacer? Pío XI respondió a esta pregunta: «*Si queremos trabajar de la manera más eficaz para restablecer la paz, **restauremos el Reinado de Cristo. No hay paz de Cristo sin el reinado de Cristo***». Y continúa: «*El día en que los Estados y los gobiernos se comprometan a regirse, en su vida política, tanto interna como externa, por las enseñanzas y los preceptos de Jesucristo, entonces, y solo entonces, disfrutarán de una **paz provechosa**, mantendrán relaciones de confianza mutua y resolverán pacíficamente los conflictos que puedan surgir*». Encíclica *Urbi Arcano Dei Consilio*, 1922. Estas palabras del Papa no son utópicas. Ciertamente, desde el punto de vista humano parece imposible restablecer la situación. ¡Pero Nuestra Señora está precisamente ahí para eso!

¿Hemos notado este hecho increíblemente simbólico? El 10 de diciembre de 1925, la Santísima Virgen vendrá a pedir los 1 sábados del mes para obtener la paz. Al día siguiente, 11 de diciembre de 1925, el Papa Pío XI publicará su encíclica sobre la realeza social de Nuestro Señor. El mensaje es claro: la paz en el mundo pasa por el retorno del reinado de Cristo en nuestros países. Y este retorno pasa por la intercesión de Nuestra Señora de Fátima cuando hayamos obedecido su petición de los primeros sábados.

Autor: Alianza 1^{ers} sábados de Fátima por la paz. www.jubile2025-fatima.org

Nota: A continuación se incluye una breve nota complementaria sobre el reino de Cristo.

Nota sobre las palabras de Jesús en el Evangelio sobre su reino

Dos frases del Evangelio, relativas al Reino de Nuestro Señor, se interpretan a menudo de manera inexacta, por lo que conviene aportar una aclaración adicional fuera de la meditación.

1/ «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

Esta frase se percibe a veces como una separación entre el Estado (César) y Dios. Veamos cómo entenderla a la luz de la enseñanza de la Iglesia. Todo hombre es a la vez un ser temporal que vive en la tierra y un ser espiritual destinado al cielo. Aquí abajo, estará sometido a dos tipos de autoridades distintas: el Estado y la Iglesia. El Estado tiene como objetivo garantizar el bienestar físico y moral de todos sus administrados; para ello, debe aplicar leyes en múltiples ámbitos, incluido el moral, como explica el papa Juan XXIII: *«El “bien común” que el Estado debe defender comprende todas las condiciones, incluidas las morales y espirituales, que ayudan al hombre a alcanzar su fin último, que es el cielo»*. *Pacem in Terris*.

La Iglesia, *«por su parte, es una sociedad distinta del Estado, «perfecta» en el sentido de que tiene en sí misma todo lo necesario para cumplir su misión, que es conducir las almas al cielo.»* León XIII, *Immortale Dei*. Por lo tanto, solo a la Iglesia se le confía la tarea de dispensar la gracia de Dios a través de los sacramentos y de enseñar la fe y la moral. La Iglesia es, por lo tanto, la referencia moral general para la vida privada y pública.

De ello se desprende que el Estado es **independiente de la Iglesia** para garantizar de manera justa la organización material de la sociedad (dar al César lo que es del César) y que, por el contrario, **la enseñanza de la Iglesia es su referencia** para las cosas espirituales y morales (dar a Dios lo que es de Dios). La Iglesia y el Estado no están, por tanto, «fusionados» ni «separados», sino **«distintos»** en sus atribuciones. Ambos contribuyen juntos, en un respeto mutuo y una verdadera colaboración, a establecer un marco favorable en la tierra para ayudar *al «hombre a alcanzar su fin último, que es el paraíso»*.

2/ «Mi reino no es de este mundo»



Ostensión del Vaticano coronada

Esta frase se entiende a menudo como que Cristo no sería el Rey de las Naciones en la tierra. También aquí debemos examinarlo a la luz de la enseñanza de la Iglesia. Dios es un espíritu eterno que creó el cielo y la tierra. Por lo tanto, su Reino es espiritual y material, eterno, preexistente a la tierra y trasciende totalmente los límites de nuestro mundo visible, ya sea en su esencia, en el espacio o en el tiempo. En consecuencia, su Reino infinito no puede provenir de este pequeño mundo finito que es el nuestro. Pero eso no significa que nuestro mundo, que Él creó en su totalidad, no sea parte integrante de Su Reino global, sino todo lo contrario.

Lejos de «excluir» nuestro mundo de su Reino, Cristo afirma solemnemente su realeza terrenal: *«Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones. (Mt 28, 18)»*.

3/ En conclusión

Consideremos una tercera frase de Cristo cuando se dirige a Poncio Pilato: *«No tendrías ningún poder si no te lo hubiera dado uno superior. (Jn 19:11)»*. ¿Qué significa? Cristo guía a los hombres y ejerce su poder en la tierra de manera indirecta, delegándolo en los jefes humanos. Él confiará el poder espiritual a los papas y el poder temporal a los jefes de Estado, y explica aquí que este poder proviene de Dios (y no del pueblo). En consecuencia, y como en todo principio de delegación, los «delegados» deben ejercer su poder sometiéndose a Aquel que se lo delega. Esto es válido tanto para la Iglesia como para el Estado.